



—Pues este hongo, yo supongo
que solo no ha de venir.
—Si tal; ¿no oyó usted decir
siempre «solo como un hongo?»

SUMARIO.

Tercer Advertencia.—De todo un poco, por Constantino Gil.—Poesía inédita, de D. Antonio de los Ríos y Baza.—Abelays en prosa, por José Fernández Bremón.—Tres cosas, por Vital Aza.—Abajo las puertas ó arriba los pluchos, por Ricardo de la Vega.—Álvaro López de Ayala, por Manuel Castellón.—Cinco y cuantos.—Gevigliños.—Charadas.—Soluciones.—Anuncios.

Granadas: Sospechas.—No le tapes la cara, por Luque.—Declaraciones callejeras, por Cuchy.

ADVERTENCIA.

Como compensación de los muchísimos gastos que nos originan las grandes é importantes mejoras que desde el núm. 5.^o venimos realizando, tales, que han cambiado por completo la índole de nuestra publicación, no siendo la menor el haber aumentado su tamaño en más de una tercera parte, y teniendo además un cuarenta otras de gran entidad que tenemos ya completamente dispuestas y que á partir del siguiente número irán sucesivamente apareciendo, la empresa de esta Revista pone en conocimiento del público que, desde el próximo domingo, el precio de cada número, en vez de 10 céntimos, será el de medio real, fijando por lo tanto en 8 rs. el 25.

El precio de suscripción, tanto en Madrid como en provincias, apesar de lo expuesto, no sufrirá ninguna alteración.

Advertimos á los señores corresponsales y al público en general, que no les servimos los muchos pedidos que de números atrasados nos tienen hechos por haberse agotado la tirada del núm. 5.^o Los que desean la colección sin ese número, pueden hacernos de nuevo el pedido, al precio de un real por cada uno. A los señores corresponsales medio real.

DE TODO UN POCO.

Llegué el domingo pasado al circo de Rivas, en compañía del sacristán de mi pueblo y el maestro de escuela; ambos tan amantes de la música, que cuando no pueden tocar otra cosa, tocan el cielo con las manos.

El primero tiene allí, en oscuro rincón del coro de la iglesia, un organucho viejo y destartado, cuyos fuelles hincha pacientemente, los días de fiesta, el maestro de escuela; y sobre cuyas teclas—las del órgano, no las del maestro,—que parecen la dentadura de una Celestina, se apoya y deja caer el buen sacristán con todas sus fuerzas, para sacar de las entrañas de la vetusta máquina, unos lamentos que parecen los de un condenado.

Sin embargo, los dos, es decir, el maestro y el sacristán, aseguran que son los mayores músicos que se han conocido en tierra de Aragón, y aún en toda Navarra.

Con este motivo, lo primero que me pidieron, en cuanto llegaron á la corte, hace ocho días, y que por olvido no lo habrá dicho *La Correspondencia*, fué que los llevara á oír los conciertos que dirige el maestro Vazquez.

Y, cátenme Vds. en pleno circo de Rivas, con mi maestro y mi sacristán, y sentados los tres, como tres prebendados, en nuestras correspondientes delanteras de anfiteatro.

El maestro Vazquez alzó la batuta; y llenó la sala un torrente de armonías, semejante á un chorro de notas dulcísimas, que cayera sobre nuestros oídos.

El maestro de escuela entornó los ojos y alargó la nariz. El sacristán dejó caer hácia atrás su cabeza, y entreabrió su boca una sonrisa de placer indefinible.

Después, ambos estiraron las piernas; luego dejaron caer los brazos como si estuvieran dormidos; especie de zozco. Después se frías, y agitándose unas veces convulsivamente, cerrando otras languidamente algunas

hasta el éxtasis, permanecieron hasta que terminó el concierto.

—Y, vamos,—les dije entonces,—¿qué les ha parecido á Vds.?

—No lo sé explicar bien; me contestó el sacristán. Al principio, se me figuró que, todos aquellos arcángeles y serafines de que nos habla el señor cura, bajaban en tropel, pero chiquititos é invisibles, por el agujero de la araña; tocando unos, gigantescas y plateadas trompas que sonaban estrepitosamente; pulsando otros, con sus dedos de cristal, unas arpas tan diminutas, pero hechas con unos hilos de oro tan sutiles, que latían á modo de suspiros de vírgenes. Luego, me pareció que mi cuerpo era todo oídos; y que, por los infinitos y anchos poros de que estaba formado, entraban todas aquellas notas cual un ejército de diablillos, y cada uno con su instrumento, bailaban y tocaban dentro de mí, una música tan maravillosa, como no la he oído en mi vida.

Después, me acordé de mi mujer y de mis hijos, del día en que me casé, de los brillantes colores de la casulla del señor cura, del sol, de los pájaros, del murmurar de las fuentes... y luego, ya no sentí ni oí cosa alguna, hasta ahora que he oído la voz de Vd.

—Y á Vd., le dije al maestro, ¿qué le ha parecido?

—¡Cosa magnífica! me respondió; pero, si he de ser franco, le diré á Vd. que me he fijado más en el público; y sobre todo, en las señoras.

—¿Y qué opina Vd. de ellas? le dije, mientras el sacristán le dirigía una mirada desdeñosa.

—Opino, contestó el maestro gravemente; que esas sí que son mujeres, ¡y no las nuestras!

En el teatro de la Alhambra y en la embajada de Italia, se ha verificado un espectáculo sorprendente.

De los dedos de un magnetizador, el Dr. May, se desprende una corriente magnética que, á modo de invisibles alambres de telégrafo fantástico, se enredan en el pensamiento, y en la mirada de una sonámbula.

Después, el mágico, sacude sus manos, como por casualidad, hácia el público; y las extremidades de aquellos hilillos increíbles van á caer y retorcerse en los cerebros de centenares de personas.

El milagro está hecho. Cuanto penseis, ella lo sabe; cuanto le mandeis, lo ejecuta. De allí, al ojo de la Providencia y al dedo de Dios, no hay más que un paso: la muerte. Y la sonámbula, Eloisa Zanardelli, es una muerta que, por extraordinario conjuro, vive en nuestro pensamiento y en el del Dr. May.

—¿Qué opinas de todo eso? Le preguntaba un pollo á una prima suya.

—Que no debía permitirse! respondió aquella; porque si mi marido lo aprendiese, estábamos perdidos.

—¿Qué te ha parecido? le dijo, poco después, al pobre marido, la prima de su primo.

—Que mañana mismo voy á ver al doctor, para que me enseñe.

—¿Con qué objeto? exclamó la infiel esposa, temblando.

—Con objeto de dormir todos los días á nuestra cocinera; á ver si durmiendo, puedo conseguir que haga el arroz como á mí me gusta.

Pues que todos los periódicos lo han dicho, creo que no habrá obstáculo para que lo diga.

Se refiero á las kábilas que, por tiranías del sultan de Marruecos, han pedido anexionarse á España.

La otra noche, y á mitad de un sueño placidísimo, las í pasar el Estrecho, agitando sus alquiceles, que parecían desmesuradas alas de colosales gaviotas.

En la opuesta orilla, de esa otra tierra que, acaso es corazón del planeta, porque nadie ha podido penetrar en su interior, como sucede al hombre con el corazón humano, brillaban como inmensos copos de nieve, las tiendas de la caravana, en cuyo seno, remedando arrullos de tórtola viuda, dejaba oír la guzla morisca, sus melancólicos gemidos.

De cuando en cuando, y cual rayos de sol, que se filtrasen á través de vaporosa nube, asomaban dos ojos negríssimos y relucientes, interrogando á las turbulentas aguas que, traen los cantos del Norte,—para darles un poco de calor—hasta las playas del Mediodía.

Entretanto, caían sobre éstas las pobres gaviotas; los pobres moros; y se posaban, embriagados de placer, sobre esta tierra de España, cuyos árboles abrazan con sus raíces los sepulcros de sus antepasados, cuyas flores guardan todavía en sus cálices el aliento de sus sultanas, cuyos pájaros y cuyas mujeres, cantan aún sus mismas trovas, que quedaron, prisioneras ó dormidas, como polvo de una *partitura* olvidada, entre las rizadas columnas del alcázar de Sevilla, ó sobre los encajes de la Alhambra.

¡Pobres árabes! Golondrinas errantes que volveis al nido donde nacisteis, yo os doy gracias, porque me habeis dado uno de los sueños más hermosos que he tenido en mi vida.

Administracion pública es el título, de un boceto en tres actos y en verso, que se ha estrenado con grande aplauso, en el teatro de la Comedia.

Si yo dispusiera de más espacio, hablaria de esta obra y de su autor, Enrique Gaspar, con el detenimiento que este esclarecido poeta merece.

Un espectador decia, al terminar la representacion, que algunos de los caracteres eran *falsos*.

—Pues por eso son *verdaderos*, le respondió otro. Si el asunto es una mentira, el mejor medio de probarla es hacer que los personajes sean *falsos*.

En cuanto á la ejecucion, fué esmeradísima. Todos los actores, así como las actrices, estuvieron admirables: Pero especialmente..... todos.

* *

Ya era hora de que, toda una generacion, viniera á arrojar á las plantas de un poeta como García Gutierrez una verdadera lluvia de laureles, aplausos y vítores.

¡Qué espectáculo más grandioso! En la sala, las mujeres más hechiceras y los hombres más eminentes; todos en pié, con las manos alzadas, con los corazones palpitanes, atronando el espacio con los aplausos y los gritos de entusiasmo, demostrando el imposible de que el contenido pueda ser mayor que el continente, porque el delirio era tan grande, que el teatro parecia gemir y estallar, por no ser poderoso á contener aquella gigantesca explosion de alegría y respeto.

En el escenario, el Parnaso vestido de etiqueta, con Zorrilla al frente. García Gutierrez, entre los artistas, y

como abrumado por la modestia. Hasta los bustos y los retratos de los dramaturgos que esmaltan la embocadura, parecian moverse y correr por ella, como queriendo saltar á la escena, y abrazar al insigne autor de *Venganza Catalana*.

..

Al salir del teatro, tropezaron mis ojos en unas grandes letras que decian: *Los amantes de Teruel*, y anunciaban su representacion para dentro de breves dias.

¿Se repetirá la ovacion, la última noche que se ponga en escena?

Y como unas ideas traen otras, me acordé de lo que me sucedió, la primera vez que estuve en Teruel, con un pobre hombre, mezcla rara de sacristan y *cicerone*, el cual me enseñó los famosos amantes.

—Vea Vd., me dijo con la mayor naturalidad. Este, que está á la derecha, es el *amante*, y esta otra, en la que él se apoya, es la *amanta*!

CONSTANTINO GIL.

—

POESÍA INÉDITA

DE DON ANTONIO DE LOS RIOS Y ROSAS.

Luenga cabellera leve
en su espalda renegrea
como la endrina en la nieve,
y resplandece y se mueve
como la llama en la tea.

Del piélago trasparente,
más flexible que la ola,
á su pudorosa frente
rizándose blandamente
ciñe encantada aureola.

Y partida en bucles mil,
de su pecho de marfil,
bebe balsámico olor,
cual arroyuelo sutil
el aliento de la flor.

Ardiente como la grana
y tersa como el cristal,
es su megilla lozana
que templá sombra liviana
de tinte meridional.

Sombra de luz vibradora
que su tierno pecho ceta;
vaga sombra que se ignora
si en su cútis fino mora
ó si al aire en torno vuela.

Es su boca embalsamada,
si fugaz risa mostró
la dentadura esmaltada,
fresca, entreabierta granada
que puro aljófár bañó.

Y vierte el lábjo elocuente
su voz en raudal sonoro,
ya halagüeña, ya doliente,
como entre arena de oro
murmura limpia corriente.

Arco de seda flamante
ostenta en la rica ceja,
suelta en relieve ondeante,
y en el ceño penetrante
de rayos sutil madeja.

DECLARACIONES CALLEJERAS — POR CUCHY.



En mi pretension no cedo.—¡La adoro á Vd., se lo juro!—¡Ablándese Vd!—No puedo:—Soy, la señora de Duro.

Entolda lengua pestaña
de tus ojos el reflejo,
y en dulce sombra los baña,
como yedra que enmaraña
de clara fuente el espejo.

¡Qué halagüeño señorío
de aquella pupila negra
en el resplandor sombrío!
¡Es el matinal rocío
que los vergeles alegra!

Es de luna cariñosa
el apacible destello,
qué en vislumbre prestigiosa
sobre lago azul reposa
ó al bosque dora el cabello.

Cuando sereno descende
así su mirar cautiva:
mas si la pasión lo enciende,
entonces con flecha viva
los senos del alma hiende.

Flecha de agudo fulgor,
que tal vez piadoso quiebra
el párpado latidor,
como rápido vapor
del sol naciente la hebra.

Más ligera que la espuma

de las ondas en la haz,
ni el blanco césped abruma
la breve planta fugaz
con que la huella y perfuma.

Y envuelto en pliegue sutil
á su noble andar vacila
mórbido talle gentil;
tierno pimpollo de Abril
mecido al aura tranquila.

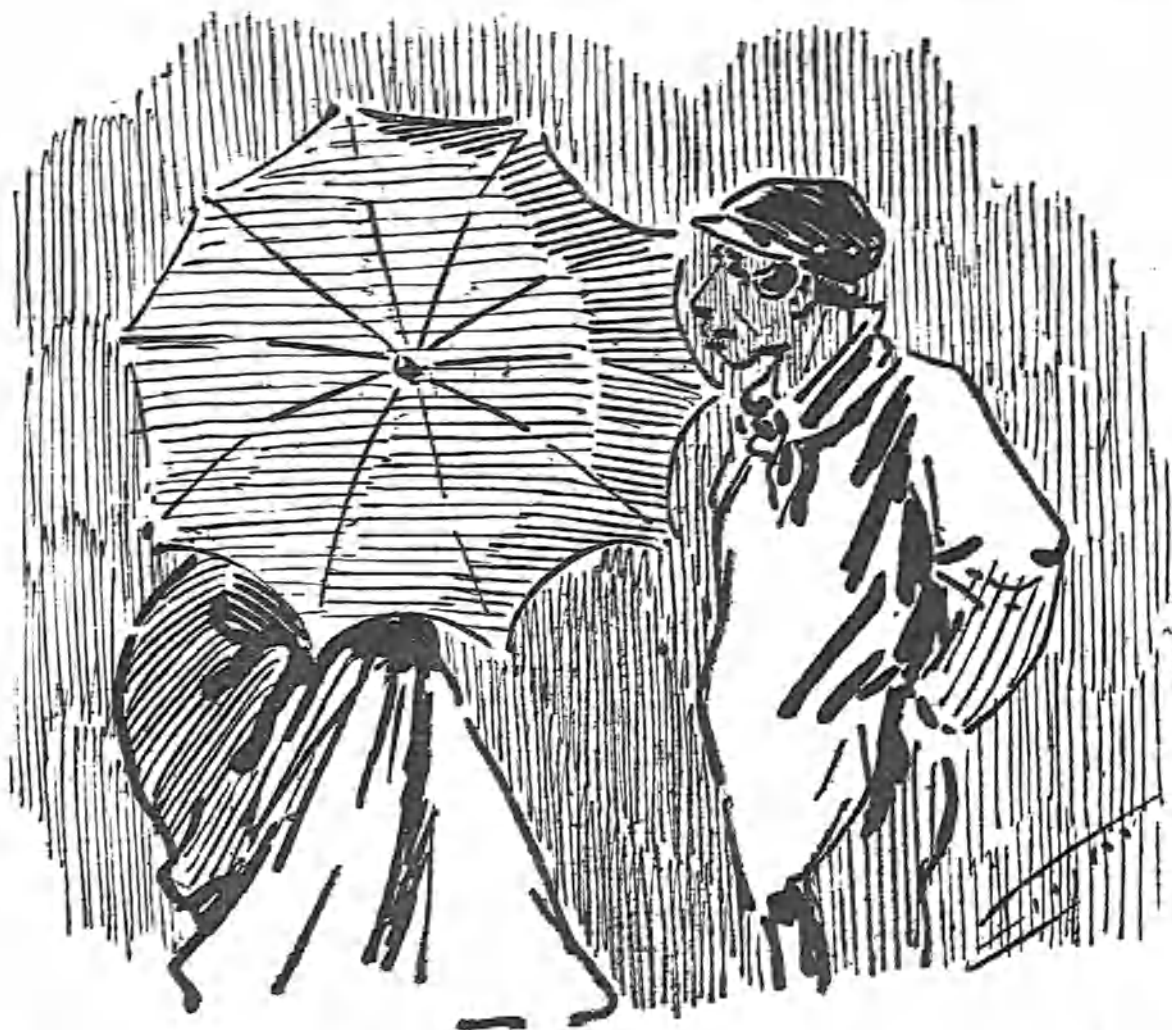
Cual en la mágica hora
de la noche precursora
y la mañana serena,
en ella todo enamora,
en ella todo enagena.

Fuérame dado pintarla
como logré contemplarla
en callada admiración,
yo que osé desfigurarla
en este inmundo borron.

Tú, señora, lo sepulta
en una página oculta
del álbum tuyo preciado,
cual del pobre ofrenda inculta,
en mesa de potentado.

ANTONIO DE LOS RIOS Y ROSAS.

NO TE TAPES LA CARA..... — POR LUQUE.



¿Por qué te tapas la cara,—si al cabo te la veré?—Hombre, me la tapo, para...—¡para no ver la de usted!

ALELUYAS EN PROSA.

VIDA DEL HOMBRE LARGO.

Cristóbal había crecido un palmo en cuatro meses, y sus padres, alarmados, fueron á consultar al médico, que les dijo:

—Déjenle Vds. crecer: el muchacho está dando el estiron.

Y el chico seguía elevándose en competencia con los árboles de la aldea. El médico tranquilizaba á la familia.

—No hay que asustarse, es cosa natural: les ha nacido á Vds un gigante; pero los gigantes tienen límites...

Cristóbal entre tanto continuaba prolongándose.

—Esto es una desgracia de familia, exclamaba la afligida madre: ese chico no puede vivir.

—Distingamos, contestaba el facultativo; su hijo de usted pertenece en rigor á la familia de los cipreses.

—Si es un ciprés, respondía la pobre mujer, mayor razon para que esté en el cementerio.

La entrada del alcalde cortó aquella conversacion tan triste.

—Señora, dijo la autoridad local, vengo á que me presente Vd. su hijo para la fiesta de mañana.

La madre no pudo negarse; no habia ningun mástil en el pueblo, y Cristóbal, á quien colgaron de las orejas una bolsa, sirvió perfectamente de cucaña.

Concluida la fiesta, el alcalde llamó aparte al muchacho y le dijo enseñándole la vara:

—Tu madre está desconsolada y no quiero verla sufrir; además, los vecinos se quejan de que adelantas el reloj de la torre y tocas sin cuerdas las campanas. Te prohibo crecer más.

El mozo se retiró á su casa amedrentado, y como no cabia en la cama, se acostó á lo largo del pasillo, y tuvo que encogerse.

Poco tiempo despues entraba en quintas y le tuvieron que tallar con escalera. El mozo, al ser declarado útil, alzó los brazos en señal de duelo y tocó el cielo con las manos.

Entró á servir en el cuerpo de ingenieros, en la seccion de telégrafos de campaña, donde prestó grandes servicios como poste y como alambre.

Hizo más: empinándose un poco, cierto dia nublado, averiguó, por sus propios ojos, la causa del granizo.

—¿Cómo no forma Vd.? le preguntó un general al verle un dia tendido y léjos de las tropas.

Cristóbal se levantó, cuadrándose respetuosamente.

El general, asombrado de su altura, repuso sonriendo:

—¡Ah! comprendo. Vd. sólo puede entrar en una formacion de campanarios.

Únicamente tumbándose en el suelo, alternaba con sus camaradas; poniéndose de pié sólo podia alternar con

los planetas. Le enviaron á Ultramar y naufragó; pero al caer en medio del Océano hizo pié y continuó andando hácia la costa.

Una dama escuchaba sus requiebros desde un piso cuarto, y Cristóbal para hacerla el amor tenia que agacharse.

Sólo montó una vez en su vida, y fué en el alero de un tejado.

Otra vez se enganchó en su cabeza una cometa que se habia remontado mucho: yo le vi vestido de uniforme y con un rabo en la frente. Dió despues un grito de dolor, creyendo haber quedado ciego: no era cierto, sin embargo: era que en aquellas alturas se le habian puesto dos nubes en los ojos.

Cuando le dieron la licencia se colocó, en lugar de canuto, el canalon de un edificio, y aunque estaba en Ultramar, pudo volver á su aldea en dos zancadas.

Allí murió tranquilamente, y no pudiendo hacer un hoyo á su medida, determinaron enterrarle á lo largo de un arroyo.

José FERNANDEZ BREMON.

TRES FECHAS.

I.

ANTES DE LA BODA.

«Lucía del alma mia:
recibe en estos renglones
las sinceras expresiones
de mi loca fantasía.

Desde que te has ausentado,
mi recuerdo tuyo ha sido,
y tuyo el febril latido
de mi pecho enamorado.

Mas ¡ay! ¡Tan lejos de tí,
cuán despreciable es mi suerte!
¡A Dios pídiera la muerte,
ántes que vivir así!

¿Cuándo querrá la fortuna
—pues hoy me niega sus dones—
unir nuestros corazones
y hacer de dos almas una?

¡Adios! ¡mi bien! Hasta el día
en que olvidando el ayer,
sólo tuyo pueda ser,
y tú solamente mia.

¡¡Adios!! ¡Mi vida! Mi amor!
Sale el correo. Concluyo.
Te adora, y es tuyo, tuyo,
siempre, siempre,

NICANOR.»

II.

EN LA BODA.

—¡Qué ventura!

—¡Qué placer!

—¡Ya eres mio!

—¡Ya eres mia!

—¡Mi Nicanor!

—¡Mi Lucía!

—¡Mi marido!

—¡Mi mujer!

—¡Sólo á tu mandato escucho!

—¡Siempre juntos estaremos!

—¡Siempre cual hoy nos quereremos!

—¡Mucho!

—¡Mucho!

—¡¡Mucho!!

—¡¡¡Mucho!!!

III.

DESPUES DE LA BODA.

«Querida esposa: el negocio
del aceite salió mal.
Va á costarme un dineral
la idea de mi consocio.

Hoy saldré para Bilbao
á probar nueva fortuna,
y á recoger allí una
partida de bacalao.

Como es cuestion de intereses,
creo que mi estancia allá
próximamente será
de unos cuatro á cinco meses.

Mándame ropa interior.
Sin más, con besos al niño,
y tú recibe el cariño
de tu esposo,

NICANOR.»

«Postdata: Le he escrito ya
á tu primo, mi banquero.
Si te hace falta dinero,
te lo facilitará.

Justo es que á comer le invites
cuando vaya á visitarte.
Queda encargado de darte
todo lo que necesites.»

VITAL AZA.

¡ABAJO LAS PUERTAS

Ó ARRIBA LOS PINCHOS!

Este grito, lectores míos, que ha figurado siempre en todo programa revolucionario, suelo yo darlo con alguna frecuencia, sin que pueda tachármese de revolucionario ni mucho menos. Siempre que vengo de Getafe (donde voy á menudo) metido en la diligencia, y me detengo, ó mejor dicho, me detienen en el puente de Toledo para registrarme, es decir, para registrar mi equipaje, me pongo nervioso y se me ocurre enseguida el epígrafe de este articulejo.

Lo que más me exaspera es la poca crianza de los encargados del aforo, salvo algunas excepciones. Llega la diligencia al puente, y el mayoral pára. Sale de la casilla el empleado con muchísima calma, abre la portezuela, y despues de preguntar:—«¿Vá algo que pague derechos?» desenvaina un asador ó estoque que lleva oculto y que podría servir para descabellar un toro, y sin más ni más, da un mete y saca por todo lo bajo, resultando generalmente con un pinchazo en hueso, ó sea en el tobillo, algun viajero que no ha tenido la precaucion de darse con las rodillas en las narices (movimiento natural), dejando que el asador se clave en la tabla interior y delantera del carruaje. Una vez le sucedió esto mismo á cierta señora que venia en la diligencia (muy guapa por cierto), y que luego nos enseñó el pié y sin querer un poco la pierna, para demostrarnos el peligro en que habia estado de ser herida. Es la única vez en que no me ha sido antipático el empleado de consumos.

Ahora voy á hacer una observacion, á ver si están ustedes conformes conmigo.

Al principio del puente hay una casilla de empleados, y á los cien pasos, poco más ó menos, otra. ¿Tienen distinto objeto?—No señor; tienen el mismo: el de molestar cuanto sea posible.—¿Para qué es entónces la segunda casilla?—Para asegurarse de que los empleados de la primera no han sido frágiles y han cumplido con su deber.—Y á usted ¿quién le presenta, como dijo el otro? ¿Quién abona á los de la segunda? ¿Ó es que los de la segunda no pueden ser frágiles?—Sería preciso establecer una tercera casilla para los de la segunda, y una cuarta para los de la tercera, y así sucesivamente una serie no interrumpida de casi-

llas hasta dar en el mismísimo ministerio de Hacienda, y obligar al director del ramo á que bajara á la puerta y practicara por sí mismo el aforo, á fin de convencerse de la no fragilidad de sus empleados.

¿Es oportuna mi observacion, lectores míos? Apuesto cinco duros contra todo lo que entre sin pagar derechos por las puertas de Madrid á que tengo razon.

Antes de concluir estos apuntes, voy á contar á ustedes una escena que presencié hace poco tiempo, y que no deja de tener cierta gracia.

Venia una tarde conmigo en la diligencia una pobre mujer del pueblo, que traia un hermosísimo capon blanco como la nieve y más grande que un pavo. Pero ántes de llegar al consabido puente, manifestó ella deseos de ocultar el capon, si era posible, para librarse del correspondiente pago de derechos. El proyecto fué aprobado por unanimidad de viajeros, como es costumbre en tales casos, y efectivamente, el cachazudo animalito se dejó envolver sin decir una sola palabra entre los pliegues del vestido y delantal de su dueña. El registro se verificó, y merced á no haber sido tan escrupuloso como otras veces, el ave pasó desapercibida por delante de las dos casillas del resguardo. Lejos ya de la segunda, la buena mujer sacó el capon del escondrijo, y soltando una carcajada y acariciándolo, lo levantó dos ó tres veces en alto como pudiera hacerlo con una criatura; pero el capon, que se sintió zarrandear de aquella manera, hubo de asustarse sin duda, y sacudiendo las alas se salió por la ventanilla de atrás y emprendió la fuga en direccion al puente de Toledo. Aquí fué Troya. La mujer empezó á dar gritos: paró la diligencia; nos apeamos; corrimos tras el capon, que ya iba muy lejos, y... todo inútil: el ave desapareció á nuestra vista sin poder alcanzarla. Volvimos á montar, tratamos de consolar á aquella infeliz que lloraba como una Magdalena y se arrancaba los pelos. Un viajero me dijo al oido:

«¡No he visto una mujer igual! ¡Ponerse así por un capon!»

A la mañana siguiente tuve que volver á Getafe. Al llegar al puente, el mayoral se detuvo á echar un trago. Me asomo maquinalmente y, ¡oh dolor! junto á la casilla habia un monton de plumas blancas, y montados en un banco, almorzando tranquilamente, dos empleados del resguardo. ¿Qué almorzaban aquellos hombres? ¡Trinchaban un ave! ¡Era ella! ¡El capon de la tarde anterior!

El animalito habia sido más hombre de bien que nosotros. No quiso defraudar á la Hacienda, y se fué derecho á entregarse en manos de los empleados de consumos.

Aquellos dos hombres me indignaron. Eran Micifuz y Zapiron, que se estaban comiendo el capon de nuestra desgraciada compañera de viaje. ¡De qué buena gana les hubiera yo hecho comerse el asador, aunque hubiera sido

CASO DE CONCIENCIA!
Ya veis, lectores míos, si tengo razon para gritar siempre que voy á Getafe: «¡Abajo las puertas ó arriba los pinchos!»

RICARDO DE LA VEGA.

ADELARDO LOPEZ DE AYALA.

Con apostura galana,
con noble y brío porte,
manco de las manos
apareció una mañana
en las puertas de la corte.
Luzga y rizada melena
que ondulaba en el viento
hizo su frente serena;
frente radiante, que llenó
el espacio por encima.

Los grandes, rasgados ojos
fulminaban mirada ardiente,
y de la boca riante
sonreía los labios rojos
el negro bazo nascente.
La hermosa y gentil cabeza
mandando al cuello robusto,
y en su divina belleza
reunido de la naturaleza
el alma y el cuerpo.

Llena de savia la mente,
hinchido de fuerza el pecho,
que grandes glorias presiente,
mira al mundo frente á frente
para su ambicion estrecho;
y límbase valeroso
en el mar tempestuoso,
que agita su seno oscuro,
de combate y lid gasoso.
de la victoria seguro.
Y llega... y vence! A su genio,
en la primer alborada,
nuncio de preclaro ingenio,
abre su puerta dorada
regocijado el proscenio.
Y en la celeste mansion
donde, entre láuros y palmas
gotan eterna ovacion,
laten de gozo las almas
de Lope y de Calderon.
¡Y aún quiere más! Pobre arena
es para el genio coloso
la pequeñez de la escena,
y al foro la voz atruena
del tribuno poderoso.
Y allí, en reñida batalla
poniendo al error la valla
de la verdad que convence,
con su dialéctica vence.
con su elocuencia avasalla.
Y triunfa, y entre loores
y ramos de mirto y flores
de la absorta muchedumbre

escala la altiva cumbre
del poder y los honores...
Mas, cual rudo meteoro
que en el espacio aparece,
y fulgura, ensancha y crece
y envuelto en sus rayos de oro
halla un punto y desaparece,
así en el seno profundo
se hundió de la tumba avara
astro de calor fecundo,
luz esplendorosa y clara
Que alumbrar pudiera á un mundo.

Ayer, con voz dolorida,
de una reina hendidida
cantó la terrible suerte;
hoy yace frío y sin vida
el poeta de la muerte.
Aquel sublime concerto
que arrancó agudo lamento
con mágia arrebatadora,
fué del cisne el triste acento
que sobre su tumba llora.
¿Quién, hoy, el amargo llanto
podrá cantar y el quebranto
con que miramos perdido
al patricio esclarecido,
de las musas el encanto?
¡Ninguno osará! La historia
que alto empleo le señala
ensalzará su memoria;
pero cantar tanta gloria
sólo un hombre pudo.—Ayala.

MANUEL CATALINA.

CHISMES Y CUENTOS.

En la calle de la Espada se ha cometido un robo, segun dice no sé qué periódico. No ha habido desgracias personales, aunque yo supongo que los objetos robados pertenecerian á alguna ó algunas personas, para las cuales me figuro que no habrá sido una ganga lo del robo.

Lo que me maravilla es que, se hayan atrevido á robar en la calle de la Espada. Si llega á ser en la de la Sarten, los frien vivos á los dueños.

Teniéndose que ausentar
Dijo á su esposa un banquero:
—¡Desde hoy queda en mi lugar
El dependiente primero!
Y, al ver partir al marido,
Dijo un chusco maldiciente,
Entre alegre y compungido:
¡Ay! ¡Quién fuera el dependiente!

Obras nuevas:

En el teatro de la Zarzuela se ensaya un drama lírico, titulado *Florinda*, la cual supongo que será aquella famosa Cava. Me queda una duda. ¿Es la *Alta* ó la *Baja*?

En la Comedia, un juguete cómico titulado *Ellas*. Celebraré que sea bueno; pero lo que es ellas... casi siempre me suelen salir medianillas.

En el mismo teatro se ensaya una comedia en tres actos, titulada *La fuerza de un niño*. ¡Por Dios, que no haga mucha, porque los niños son muy delicados!

Además, se ensaya en dicho teatro, un juguete en un acto titulado *A gusto de todos*. ¡Lo celebrará!

Item: Otro en dos actos que lleva por título *La boda del hambre*. Ya sé con quién es. Con un maestro de escuela.

Finalmente: en el teatro Español ha presentado un autor muy conocido, una comedia en tres actos y en verso, titulada *Pero...*

